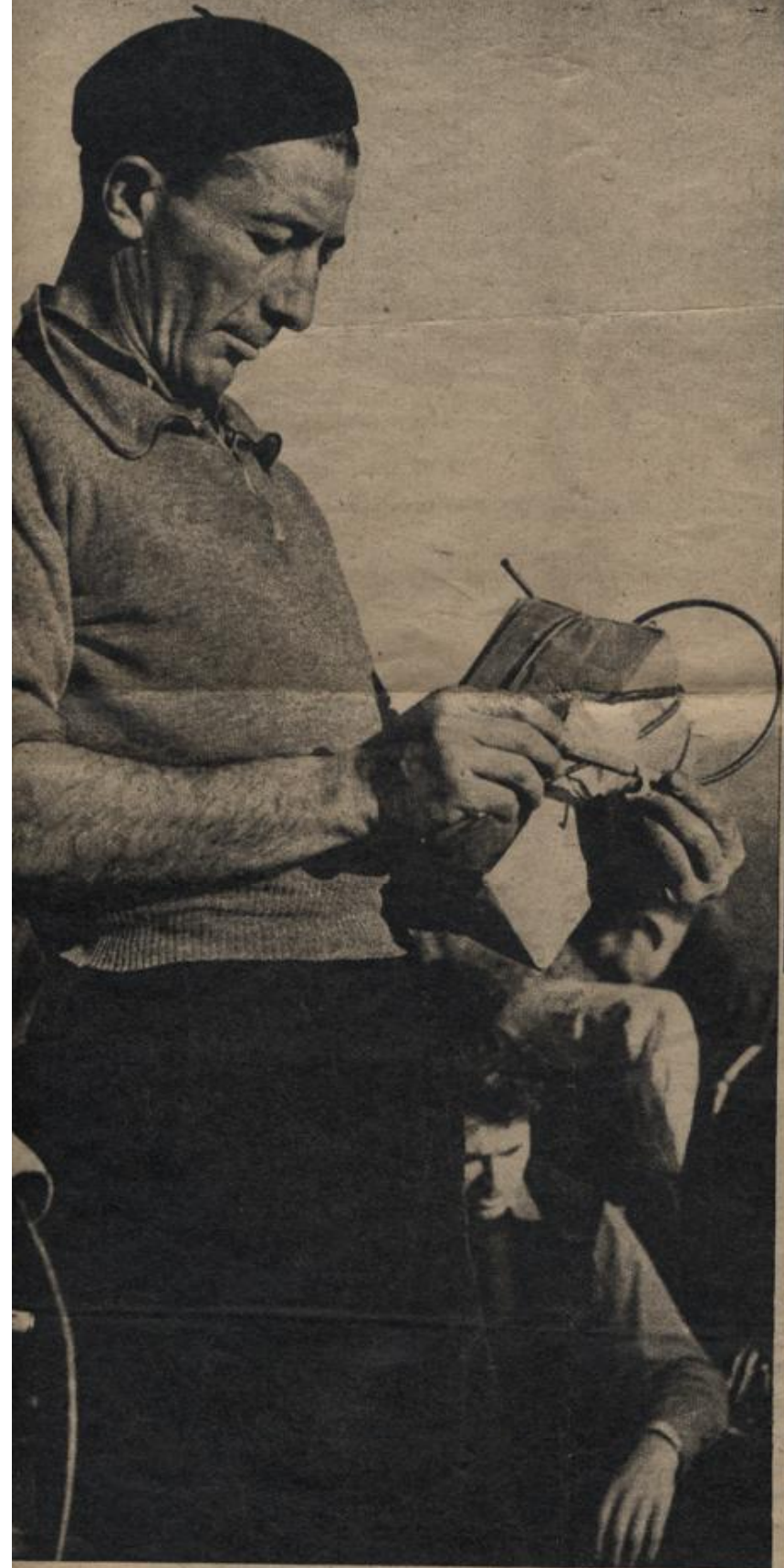


A BARBARA, EN LAS MINAS



ESA fuente de meditación cotidiana, ese estar constante de los pueblos en el centro de la vida nacional, se ha perdido. Hace tiempo que los caminos de los pueblos de España, en el sentido espiritual y social, se han cerrado. Los pueblos de España parece que los hemos dedicado a dos fines: el primero, como vivero de chistes de la más baja estofa; chistes de señorito de oficina, hechos en el tiempo que debiera emplear en cubrir un expediente. Y el otro fin es más grave. Estamos empeñados en convertir

España en un museo carpetovetónico. ¡Horrorosa palabra ésta, perteneciente al acervo del señorito que ha recorrido la escala que va del universitario al gamberro! Como dice un amigo y casi maestro mío, la gente habla de España como de un parque zoológico. Ya estamos en las puertas, como profetizaba Unamuno, en que los obreros resultarían cursis. Ya toda España es un inmenso museo pintoresco y primitivo, y los hombres de la ciudad nos hemos convertido en porteros beneficiarios de ese museo. Ahora ya no hay más que dedicarse a buscar clientela. ¿No será una táctica de publicidad eso de que pueblos como Barruelo de Santullán no estén ni siquiera en el mapa? ¿Qué atractivo más incitante para los clientes que nos lleguen con el paladar estragado de europeísmo el poder enseñarles un pueblo que ni siquiera está en el mapa!

Si yo tuviera ahora el talento de Ganivet, los llevaría mentalmente con nosotros hasta las minas de Barruelo de Santullán, que está como a cuatrocientos kilómetros de Madrid y como cuatrocientos años de olvido de nuestras preocupaciones. Y les haría palpar el pulso intranquilo de un pueblo que vive en constante zozobra, que no hay mes que no ocurra alguna desgracia (absolutamente irremediable por otra parte) y donde las mujeres se despiertan desveladas por la noche pensando con sobresalto en sus maridos o en sus hijos, que están trabajando a

BARRUELO DE SANTULLAN

más de seiscientos metros de profundidad en lo que es la vida y la muerte de Barruelo de Santullán: las minas. Los llevaría a Barruelo de Santullán para que supieran y tuvieran presente lo que cuesta el carbón con que cerramos las puertas al frío de estos días. Para que supieran que "debajo de cada piedra de carbón hay una gota de sangre de minero".

EN LAS MINAS DE BARRUELO

Barruelo es como una grande, inmensa estación de ferrocarril. Las paredes de las casas y las de las tabernas y hasta las bombillas de las calles están llenas de pequeños, cálidos tiznaños de carbón. Hemos llegado bien entrada la noche, y como es víspera de fiesta, todo el sector de las minas, que es como decir todo el pueblo, está lleno de guirnaldas de luces, de pérgolas de luminarias de colores, y a la entrada del patio de las minas, los mineros han construido una galería con vigas y carbón, al igual que está en las minas, por donde mañana pasará Santa Bárbara en procesión. Cuando vamos a entrar a las oficinas de la Empresa nos cruzamos con los mineros que salen del último turno de trabajo. Nos paramos a



Barruelo, que es como una inmensa estación.

verlos atravesar y, de pronto, suena cerca de nosotros un explosión de dinamita que nos hiela la sangre. Es el primer saludo de las minas a su Patrona.

Barruelo está en una hondonada, rodeado de montañas impresionantes en la noche, donde en una de ellas, Valdecebollas, se celebra una romería en el mes de junio, en San Pedro, y la gente se entretiene en este tiempo en hacer monigotes de nieve. Ni que decir tiene que hace un frío que cala hasta el tuétano en el mes que nos encontramos. Al monte más cercano se han subido esta noche los mineros, a la salida de su turno, a saludar a la Santa y a darnos a nosotros, de paso, un vuelco el corazón.

Entramos en las oficinas de la Empresa. Explicamos con sinceridad los motivos que nos guían al hacer nuestro reportaje y, al poco rato, tenemos entablada una conversación llena de cordialidad y campechanía con don Ignacio Rodríguez Tejada, ingeniero jefe de las minas, y su secretario, don Darío Noriega. Está delante el padre que predicará mañana en la misa, que se niega, con una sonrisa de humildad, a darnos su nombre. Después de largo rato de charla han salido nombres con todos los cuales tenemos amistad. Uno de ellos es el del actor Enrique Diosdado. Al despedirnos, el padre predicador me da muchos recuerdos para él, y yo no tengo más remedio que preguntarle de parte de quién. Hay un momento de regocijo y, después de unos segundos de titubeos, me dice que del "padre Germán, de El Escorial".

CUATRO BANDIDOS Y CUATRO MIL MINEROS

Como es nuestro deber, recorremos los cafés y las tabernas en busca de la información cordial y nada erudita. Las tabernas están llenas de aves de rapaña disecadas. Hay también ardillas graciosamente asomadas por entre unas ramas. Y buitres, y cóndores, que parecen mirarnos con sus ojos de cristal definitivo. Por las mesas corren el vino y las canciones, casi todas norteñas, ya que el noventa y nueve por ciento de los mineros son de Barruelo y una pequeña parte de las provincias circundantes. Pero también hay gentes del Sur, que parecen el doble de los que son por la fuerza con que cantan. Nos informa esta noche un comerciante joven de Barruelo. Nos ensalza la nobleza de la gente de

las minas, y la generosidad con que gastan el dinero. A pesar de que hay minero que llega a ganar cerca de seis mil pesetas mensuales, nos dice que deberían ganar más. "Mire usted, nos dice, si los mineros ganaran más, esto sería como California en los buenos tiempos." "¿Pero ellos se quejan?", le digo yo. "¡Ellos, no!", me dice. "¡Los que nos quejamos somos los comerciantes!" Y con una cordialidad y un buen humor nada común, me dice: "¡Barruelo es un pueblo en el que luchamos cuatro bandidos y cuatro mil mineros!"

LA MAÑANA DE LA FIESTA

A las siete de la mañana empiezan las descargas de dinamita, que ya no cesarán hasta después de la procesión. Los mineros están ya en el monte saludando a su Patrona, y a todos nos huele la cabeza a pólvora. Salgo a la calle pasadas las ocho y hace un frío que se hielan las palabras. Allí arriba, en el monte, veo a los mineros en mangas de camisa haciendo una guerra de pólvora y alegría. Nos envían de la mina la banda de música a saludarnos con una diana. Se ponen a nuestra disposición, para acompañarnos y facilitarnos la entrada en todas partes, los guardas jurados Justo del Nozal y Fernando Alcalde Ruiz. Con ellos su jefe, Vicente García Unquera. El agradecimiento que yo pueda expresar para su gentileza y su amabilidad, se quedará siempre corto. ¡Gracias por todo, mis viejos y queridos amigos para siempre! Nos llevan al monte donde están los mineros, y de subida hay una explosión cerca de nosotros que casi se le lleva la máquina a Escamilla.

Los dinamiteros Segismundo Abad y Francisco González nos enseñan el manejo de los explosivos, y en nuestro honor se organiza una zarabanda de estallidos que nos hace reír a fuerza de nervios y temblarnos las rodillas. Y por sí sí o por sí no, en cuanto podemos bajamos del monte. La zarabanda de estallidos nos sigue por todo el camino. "¡Viva Santa Bárbara!" y ¡Pia!, ¡Pan! Pun! ¡Estamos en el infierno!

EN EL POZO "CALERO"

He bajado por primera vez en mi vida al pozo de una mina. Al pozo "Calero", que es el más importante y el de más profundidad de Barruelo. No puedo explicar bien la sensación que me produce. Hay unas ma-

Santa Bárbara en camisa por un río de mineros.



Un equipo de salvamento minero.

